

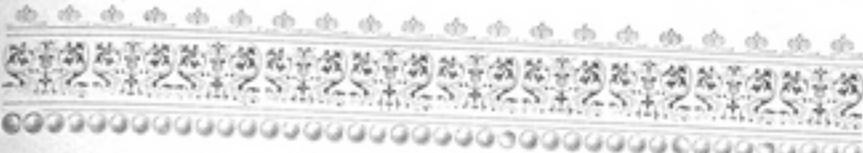
—Pero tú—dijo el rapaz—
¿no percibes ese ambiente,
no ves el lirio naciente
de su lindísima faz?

—Yo en la cuestión seré juez:—
entonces *Minerva* grita —
llamésmola Margarita,
que es perla y flor á la vez.



LA CONQUISTA DE CORDOBA

CANTOS EPICO-RELIGIOSOS



LA CONQUISTA DE CORDOBA

Cantos épico-religiosos

CANTO PRIMERO

SUMARIO

Introducción.—Estado de Castilla.—Visiones del Rey San Fernando.—El Mahometismo.—La Religión se aparece al Rey mientras que le da de su existencia y su poder.—Le anima á la Conquista de Córdoba, prometiéndole el triunfo en nombre de Dios.—San Fernando reúne después á sus guerreros y les hace una alocución llamándolos á la Conquista.—Entusiasmo de los guerreros que se deciden á la guerra.

HERMOSA luz del encumbrado cielo
y del ara inmutable fuego santo;
manantial de dulzura y de consuelo;
crisol divino del dolor y el llanto:
angusta Religión, alza tu velo;
deja que mire tu inefable encanto
y que un rayo purísimo vislumbre
de la alma gloria de la eterna cumbre.

Después que osada, de la zona ardiente
de Islám la multitud aterradora
bajó, bramando cual feroz torrente,
y en su rápido curso voladora
puso de España el trono floreciente
bajo su férreo carro destructora,
cien altares y solios derribando
y mil pueblos cruel exterminando;

Después que el gran Pelayo valeroso,
de Cristo enarbolando el estandarte,
contuvo con su brazo victorioso
el inmenso furor del nuevo Marte,
el hórrido dragón tumultuoso,
luchando ante el potente baluarte
de la fe y el valor, en sangre baña
las hermosas florestas de la España.

Fernando el Santo, á la sazón sustenta
en sus manos el cetro de Castilla,
y lleva con valor de la violenta
sacra guerra la fúlgida cuchilla;
á los bárbaros moros amedrenta
con las cristianas huestes que acaudilla,
y ayudado de Dios, rápido avanza
lleno de fe, de ardor y de esperanza.

La noche con suavísimo beleño
quietud esparce, languidez y olvido,
y el monarca español, con dulce ceño,
radiante faz y pecho estremecido,
tras largas oraciones, más que al sueño
al encanto de un éxtasis rendido,

dormita en su morada solitaria
balbuceando el son de una plegaria.

Mas de repente piensa que horroroso
torbellino violento le arrebató;
oye á sus pies un grito pavoroso,
siente que furibundo le maltrata
un invisible brazo poderoso,
y juzgando que fiero se desata
el abismo infernal, á Dios acude,
solicito pidiendo que le ayude.

Un mónstruo entonces, horroroso y fiero,
sobre un astro sangriento sostenido,
con escamas durísimas de acero,
vertiendo lava de su pecho herido
y elevando á los cielos altanero
el rostro en sangre cálida teñido,
dice con ronca voz atronadora
al Rey Fernando:—*Sigueme y adora.*

Pero luego los cielos se estremecen
y la tierra se agita con temblores;
los espléndidos astros languidecen
de otra luz á los vívidos fulgores,
y en los aires balsámicos se mecen
espíritus divinos entre flores,
esparciendo más lumbre y armonía
que pudiera inventar la fantasía.

Y el horroroso mónstruo con tristeza
á los cielos mirando y con enojos,
sacudiendo con ira su cabeza,
llamas lanzando de sus labios rojos,

—¡Maldición, maldición!...—con entereza
gritó... Cayó; nubláronse sus ojos;
la tierra abrióse y el abismo inmenso
cubrióle al punto con su fuego intenso.

Una mujer más bella que la Aurora,
en un trono de llamas sostenida,
ostentando su faz deslumbradora,
entre su inmensa lumbré confundida,
cándida, coruscante, voladora,
cual paloma de luz, del sol vestida,
á los turbados ojos aparece
del monarca, que gime y desfallece.

La radiante mujer, gloriosa y pura,
al Rey conforta con su soplo suave,
y en la luz que derrama su hermosura,
gentil flotando cual ligera nave,
del iris con que adorna su cintura
pendiente muestra la dorada llave
del santísimo Edén del alto cielo,
mansión de vida y perenal consuelo.

Un soberbio dragón encadenado
escupe hiel ante su fuerte planta;
un ejército de ángeles, armado
de fuego y luz, los cielos abrillanta
ante su hermoso carro matizado,
que las banderas bélicas levanta
hasta el trono inmutable del Eterno
y llega con sus armas al infierno.

Lleva en sus puras manos suplicantes
el bálsamo que cura nuestras penas;

son sus dedos espadas fulminantes
que del hombre quebrantan las cadenas,
y sus ojos carbunclos flameantes
y su palabra aroma de azucenas,
y es de amor un volcán, es un torrente
el fuego que destella de su frente.

Cual rayo celestial, descendiendo ufana
al escuchar la trompa de la guerra;
su destino es luchar, y soberana
es por su amor de cuanto el orbe encierra;
de un hombre Dios la sangre sobrehumana
la hizo nacer para regir la tierra;
por eso permanece suspendida
entre el mundo y el reino de la vida.

Cien virtudes la sirven amorosas
cual hijas engendradas en su seno.
«Salve, esposa, entre todas las esposas,»
dulces la cantan al fragor del trueno
querubes mil; de lirios y de rosas
y de oro brilla, y de diamantes lleno
su crisol, donde todo se consume,
y sube á Dios en plácido perfume.

En mil lenguas de fuego, abrasadora,
coronando su frente centellea
su célica guirnalda seductora
que en el Empíreo luce y alborea;
la paloma de amor consoladora
con divinos arrullos clamorea,
diciéndola ternezas al oído,
buscando en ella su terrestre nido.

El Rey, turbado, trémulo, se humilla
 ante aquella visión, aquel portento,
 y dobla reverente la rodilla
 ciego, sin voz, sin vida, sin aliento:
 la fe, no más, sobre su mente brilla,
 anonado ya su entendimiento,
 y entonces dijo la deidad hermosa
 con voz potente, clara, sonora.

—Oyeme tú, caudillo soberano
 del pueblo fiel que por Jesús combate,
 del poderoso ejército cristiano
 que nunca duda y que jamás se abate;
 óyeme, que el Señor puso en mi mano
 de estas gloriosas lides el remate;
 mi voz hace nacer el heroísmo;
 mi fuerte brazo triunfa del abismo.

Oye mi voz; yo soy la medianera
 entre el hombre y el Dios á quien adora;
 yo os hacía ver de la encumbrada esfera
 la luz que el sol de soles atesora;
 yo presento al Señor la lastimera
 tierna plegaria del que humilde llora,
 y con la Santa Cruz mi brazo armado
 quebranta las cadenas del pecado.

Dios me ha dado poder para que enfrene
 á la hueste del Tártaro precita,
 y de siervos de Dios fuerza es que llene
 la nueva patria por Jesús bendita;
 con fuego celestial mi escudo tiene
 cual lema santo su palabra escrita,

y antes la tierra pasará y el cielo
 que esta palabra de inmortal consuelo.

Por el Dios que da fuerzas en la guerra;
 por el Dios que es Señor de las naciones,
 que en los antros recónditos encierra
 al soberbio Luzbel y sus legiones;
 por el Dios que en los cielos y en la tierra
 reina entre aromas, luz y bendiciones,
 brillante triunfo vengo á prometeros
 si esgrimís por la fe vuestros aceros.

Yo por orden de Dios puse en las manos
 del piadoso y valiente Constantino,
 orlada con la Cruz de los cristianos,
 la bandera del lábaro divino,
 y por mí los sangrientos y tiranos
 falsos dioses que en trono diamantino
 Luzbel pusiera del dorado solio
 cayeron y arruinóse el Capitolio.

Yo en el pecho encendi del gran Pelayo
 el fuego celestial que le abrasaba,
 y armé su espada del divino rayo
 que á su infiel enemigo aniquilaba,
 y por mí devoró mortal desmayo
 el seno del que á España dominaba,
 y por mí se animó Naturaleza
 para herir del gigante su cabeza.

Por mí tegió guirnalda luminosa
 la gloria á los cristianos adalides;
 por mí vencieron en la lucha honrosa
 los Ramiros y Alonsos y los Cides;

por mí doblaron la cerviz sañosa
 los rudos africanos en las lides,
 y por mí será dueño de otro mundo
 quien destruya el poder de Islám inmundo.

Ese gigante que soberbio brama,
 que muerde con su boca viperina
 al Cordero, quemándose en la llama
 del Tártaro fatal, y que maquina
 por llevar el veneno que derrama
 á la encumbrada bóveda divina,
 ese gigante es fuerza que sucumba
 y que baje del Báratro á la tumba.

No puede más un pueblo valeroso
 ver frente á frente con tenaz porfia
 fiero luchar al bárbaro coloso,
 que le insulta y al cielo desafía.
 ¡Ah!... si al celeste ejército glorioso
 dado le fuese!... pronto acabaría
 con aquesa legión cobarde y fiera
 de Satán hija, sierva y heredera.

Batallarán los ángeles ardientes,
 sonará *¿quién cual Dios?* en las alturas,
 y sumisas, postradas, reverentes,
 las humanas misérrimas criaturas,
 golpeando la tierra con sus frentes
 ante las nobles célicas figuras
 que esgrimiesen flamígeras espadas,
 ser quisieran al punto aniquiladas.

Mas al Señor complace dar al hombre
 la espada en esta célebre pelea,

para que el santo triunfo de su nombre
 de frágil pecador mérito sea.
 ¿Qué esperais, pues? Marchad; nada os asombre,
 que el Dios por quien el astro centellea
 de la mano al combate ha de llevaros
 si en sus brazos quereis precipitaros.

Volad al punto; Córdoba la bella,
 ciudad potente, rica, esplendorosa,
 pronto vuestra será triunfando en ella
 del alto Dios la mano prodigiosa.
 Yo iré delante como blanca estrella
 velada en uubes de záfir y rosa...
 Volad á esa ciudad, que el Dios que puede
 del rayo disponer os la concede.

Volad, volad, que al veros batallando
 Dios os dará su sacrosanto fuego,
 y alerta sin cesar, siempre velando,
 escuchará piadoso vuestro ruego.
 El que muera cual bueno peleando,
 al alcázar de Dios ascienda luego
 y el digno premio de su sangre pida,
 que no será su queja desoida.

El dragón de las hórridas mansiones
 que en España derrama impuro cieno,
 presa de furibundas convulsiones,
 mordiendo ya su desgarrado seno,
 se retuerce entre horrendas maldiciones,
 apurando su hiel y su veneno...
 sucumba su poder; tiemble el abismo,
 triunfe el Señor y reine el cristianismo!

Partid, hijos del grande Santiago,
que yo os daré poder y bizarría;
terrores, confusión, luto y estrago
sembrad entre esa multitud impía.
¡Ah!... Siuviéseis fe, sólo al amago
de vuestro brazo fiel sucumbiría.
Partid al punto, para honor y gloria
al que del cielo os manda la victoria.

No más habló la diosa; levantando
al Empíreo sus alas esplendentes
y entre nubes de púrpura flotando,
perdióse en las mansiones refulgentes;
siguiéronla los ángeles cantando
de sus arpas al son, y los torrentes
de su lumbre divina se apagaron
y entre sombras los astros centellearon.

En tanto el Rey Fernando pretendía,
lleno de fe y amor fortalecido,
medir ansioso la radiante vía
que la diosa en el aire había seguido;
y apenas el fulgor que al nuevo día
el sol prestaba de arrebol teñido
al alzarse tranquilo por la esfera,
sacar al Rey del éxtasis pudiera.

Manda después reunir á los guerreros
que de cerca le siguen, y ardoroso,
en presencia de aquellos caballeros
pronuncia este discurso belicoso:
—Hidalgos, impertérritos iberos,
nobles guías de un pueblo valeroso:

escuchad hoy mi voz, hoy que reclama
vuestro valor y á dura guerra os llama.

Sacudamos al fin nuestra pereza,
castellanos caudillos denodados;
ayentemos el ócio y la tibieza,
indignos de los hombres esforzados;
recordemos los hechos y nobleza
de nuestros padres, hoy tan celebrados,
y á Dios pidiendo su favor divino
de la gloria sigamos el camino.

Mis queridos hermanos: es tan bello
combatir por Jesús; es tan honroso,
es tan noble y tan grande, que por ello
suspira el alto ejército glorioso.
La Religión, purísimo destello
del esplendente cielo poderoso,
á la guerra santísima nos guía
de parte del Señor, que nos la envía.

Si sentimos arder el fuego santo
dentro del corazón de la fe pura;
si corre fervoroso nuestro llanto
por los heróicos pechos que la dura
cimitarra rompió; si con espanto
oímos siempre que la boca impura
del árabe maldice con encono
al que del cielo brilla en áureo trono.

¿Por qué, por qué seguimos insensibles
devorando en silencio tal afrenta?
Marchemos de esos bárbaros horribles
á exterminar la raza turbulenta.

¡Al arma, castellanos invencibles!
 ¡Al arma!... Vamos ya... ¡Guerra violenta...
 y demos fin á la tremenda plaga
 que con cálida sangre se embriaga.

Que entre esa multitud devastadora
 de sanguinarios tigres africanos,
 el que es más fuerte sin piedad devora
 á su hijo, á su padre, á sus hermanos;
 y después que la llama abrasadora
 apaga del placer, él por sus manos
 sofoca en embrión los tiernos frutos
 de su amor, más salvaje que los brutos.

¿Quién puede tolerar que al mundo empañe
 en edades de luz mancha tan fea?
 ¡Muera el feroz dragón!... Su sangre bañe
 el campo de la horribil pelea;
 vamos; no más traidora nos engañe
 la pereza infernal; su roja tea
 fiera entre ellos la discordia enciende;
 vamos allá, que el cielo nos defiende.

Vamos pues; no tardemos, que en sus manos,
 reducidos á fiera servidumbre,
 á millares están nuestros hermanos
 alzando preces á la eterna cumbre;
 y no han de ser nuestros esfuerzos vanos,
 cuando el Creador supremo de la lumbre
 á cuyo nombre el antro se extremece
 su soberano apoyo nos ofrece.—

Grande fué la impresión que este discurso
 produjo entre los bélicos varones.

—¡Guerra, sí!—respondió todo el concurso
 con gritos y con mil aclamaciones.
 —Antes que el sol su luminoso curso
 siguiendo por las célicas regiones
 aparezca otra vez sobre la tierra,
 hálleos ya dispuestos á la guerra.

CANTO SEGUNDO

SUMARIO

El infierno.—Trono de Satanás.—Las furias infernales.—Quejas que les dá el príncipe de las tinieblas.—Rebelión, discordia, desunión que reina entre ellas.—Nuevas quejas del padre de la mentira.—La Verdad y el Remordimiento.—Suplicios de Satanás.—Efectos de la Redención.—El orden inmutable á que están sometidas todas las cosas.—Al Mandato de éste desátanse las potestades infernales para tomar parte en las contiendas humanas, encaminándose por virtud del poder divino á realizar en el mundo los planes de la Providencia.

Alzóse Satanás contra el Eterno,
 y al caer despeñado en la sombría
 pavorosa morada del infierno,
 creyó que independiente reinaría
 en la ciudad del mal de su gobierno
 encargando á la fiera rebeldía;
 mas quien á tal deidad pide obediencia
 pídelo obrar en contra de su esencia.

En las hondas mansiones infernales,
 pisando negra alfombra sanguinosa;

cercado de los vicios y los males
que forman su cohorte pavorosa;
adornado de escamas colosales
y empuñando una sierpe ponzoñosa,
sobre un volcán flamijero se sienta
Satán, y grita con su voz violenta:

—Decidme, tenebrosas potestades
que nacisteis sujetas á mi imperio,
decidme, pues, ¿por qué con liviandades
procurais estrechar mi cautiverio?
La fatídica luz de las verdades
ya fulgura por todo un hemisferio,
y allí vosotras allanais la senda
á mi eterno rival... ¡Traición tremenda!

—Hija nacida de tu pecho soy—
una bestia con cara de serpiente
le interrumpo.—Contéplame; aquí estoy,
padre del mal, oyéndote paciente;
siempre contra el Señor luchando voy,
á la ley de mi espíritu obediente,
y el universo todo es buen testigo
de que supe vender á tu enemigo.

—Pero nunca su objeto consiguiera,
hermana,—respondióle la Avaricia—
si el corazón de Judas no le abriera.
yo, que reinaba en él, y si en justicia
triumfal corona de diamantes diera
Luzbel; por una acción que es su delicia,
de entre todas las furias de este gremio
sólo yo fuera digna de ese premio.

—En verdad, en verdad, furiosa hermana,
que tus palabras causanme disgusto;
¡hablar tú de justicia, tú que ufana
tanto te precias de infamar al Justo!—
dijo la Iniquidad.—Yo soberana
soy en esta mansión; yo sola ajusto
lo que cada poder aquí merece,
y el infierno á mis leyes obedecé.

—Calla; pues, necia; calla, miserable—
al punto grita con su voz potente
la Rebelión, alzando formidable
su fatídica espada reluciente;—
¿obedecer digistes? ¿Y hay quien hable
de obedecer estando yo presente?
¡Todo el infierno luego se arrodille!
¡Todo el infierno ante mi faz se humille!

—¿Quién habla de humildad en mi presencia—
la Soberbia rugió—y en el Averno?
¿Pretendes conspirar contra mi esencia,
fuente del mal, origen del infierno?
Sabed que en mí principia la existencia
que dada os fuera por el mal eterno,
y que si un solo punto yo faltara
pereciérais y Dios solo reinara.

—¿Pero quién, dime, dentro de su mente
se concibió, deidad aterradora?
¿Quién en tus brazos se arrojó demente?
Y ¿quién de la región deslumbradora
á hundir bajó su coronada frente
en aquesta mansión abrasadora

bajo mares de fuego inextinguible
sino Luzbel por tí, Soberbia horrible?—

Exclamó Satanás; mas al momento
la inflexible Verdad, acompañada
del profundo voraz Remordimiento,
dijo con voz serena y reposada:
—Tú fuistes, en tu loco atrevimiento,
quien primero vibró la infiel espada
contra el Señor; y tú, siendo su hechura,
subir soñastes á su inmensa altura.

Si tú el primero proclamar quisiste
la negra rebelión y la infidencia;
si abortos tuyos fueron; si les diste
las leyes de su mísera existencia,
¿es de extrañar que se rebele ¡oh triste!
contra tí tu proterva descendencia?
Un volcán para trono has escogido:
no te quejes jamás; tú lo has querido.

—¡Sí!...—dijeron las furias tenebrosas,
y todas al momento se lanzaron
sobre su horrible padre, y ardorosas,
de Satanás el pecho desgarraron;
como tremendas víboras rabiosas
en torno de su frente serpearon
la Traición, la Soberbia, la Perfidia,
la Ira, la Ambición, la negra Envidia.

—Ya sé que eternamente condenado
estoy á padecer en el profundo;
ya sé que he de vivir atormentado
por estas furias de que el orbe inundo,

y si quejas amargas les he dado
fué sólo al ver que en la región del mundo,
torciendo torpemente su camino,
se apartaron del mal, que es su destino;

que hay en el antro quien infiel blasona
de que del hombre Dios logró la muerte,
cuando su cruz mi alcázar desmorona,
mis propias armas contra mí convierte
y labra á la bondad regia corona
y es del reino de Dios columna fuerte!
¡Cuánto me humilla, sí, cuánto me daña
el cetro brillador de leve caña!—

Dijo así el ángel, y con ira negra
continuó:—Mi reino dividido
está, y el universo ya se alegra
al mirarme impotente y maldecido;
el soberano cielo se reintegra
del poder que á mi voz había perdido,
pues de la muerte infiel con la cuchilla
en trigo suyo torna mi semilla.

Con magestad entonces se levanta
un gran gigante, singular portento,
que aterra al par que misterioso encanta,
bañado en clara luz, pero sangriento.
Cien y cien ojos muestra que abrillanta
el sol, y son sus brazos mil y ciento;
su mano oprime el antro eternamente,
en tanto que hasta Dios sube su frente.

—Yo soy—dijo—del Dios de las alturas
universal ministro soberano,